

Editorial

En el transcurso de los últimos años, cada vez más, llegamos a la triste conclusión de que El Salvador es una sociedad violenta. La violencia se ha convertido en un fenómeno social expansivo, que se manifiesta en un amplio abanico de expresiones de la vida cotidiana, desde el seno intrafamiliar, hasta acciones del crimen organizado, el tráfico y consumo de drogas, las maras o pandillas y la violencia institucional.

Día a día, los medios de comunicación reflejan la crónica colectiva de un entorno que se autodestruye complacientemente, obnubilando valores y rindiendo culto a una moral que se regodea en la ley del más fuerte, en el cinismo y en el irrespeto como norma de comportamiento colectivo.

La ley de la selva, que parece no tener fin, pero que llega a todas las células del tejido social, se pasea en las escuelas, calles, ciudades, y porqué no decirlo, en las más altas y representativas instituciones del Estado, que proyectan espectáculos muy lejos de la altura cívica de sus representantes. No en balde, se ha dicho que el poder absoluto corrompe, sobretudo en los casos de algunos funcionarios, que abusan prepotentemente del poder que se les concede, imponiendo absurdos, dinámicas que también son una forma de rendir culto a la cultura de la violencia.

El presente número de *Entorno* pretende llevar a la consideración de nuestros lectores, una óptica del fenómeno de la violencia en El Salvador. Precisa repetir, una y otra vez, que la violencia tiene diversas aristas y múltiples dimensiones. Como no puede ser de otra forma, el problema de las maras ocupa un plano importante por varias razones: primero, porque pese al daño que socialmente generan, son en el fondo una población vulnerable, y en segundo lugar, porque el camino para combatir el flagelo está más allá de las acciones represivas que conlleva el "Plan mano superdura".

Creemos que, como miembros de un grupo humano, hay espacios para los programas de reinserción social, es decir, para el cultivo de la anti-violencia. La socióloga Norma Molina ofrece su óptica propia en el artículo "Las Maras, una población vulnerable y las necesidades de reinserción social". También, el antropólogo social, Ramón D. Rivas, desarrolla una reflexión teórica y antropológica del problema de la violencia, descansando en los enfoques de Kroeber y Malinowski, para caracterizar a la sociedad y sus leyes.

Otra faceta del tema, es el papel del Estado en garantizar la seguridad pública y regular, con base en las potestades establecidas por la ley, las normas de convivencia social basadas en el respeto a los derechos civiles, y en la responsabilidad del ciudadano de contribuir a promover la sociedad democrática, justa e igualitaria. El jurista Reynaldo López Nuila, en su artículo "La Seguridad Pública de El Salvador hasta 1994", parte de una acuciosa historia del tema, desde la época de la colonia: en 1538, cuando a instancias del obispo de Guatemala, Francisco Marroquín, ordenaba las fundaciones de pueblos de indios, entre otros, para que vivieran "en orden y en policía. El trabajo profundiza en analizar las transformaciones e iniciativas ocurridas, desde los años cincuenta, hasta un primer cambio de perspectiva a partir de 1984, bajo la presidencia de José Napoleón Duarte. Luego, analiza las reformas, bajo el marco de los Acuerdos de Paz del 16 de enero de 1992, que llevan a la creación en 1994, de la actual Policía Nacional Civil.

También se ofrece una sección de Entrevistas, con las opiniones de dos distinguidos profesionales salvadoreños, Oscar Bonilla y Miguel Cruz, las cuales permiten valorar una riqueza de apreciaciones sobre el fenómeno de la violencia, en la perspectiva del pensamiento de cada uno de ellos; finalmente, en la sección que hemos denominado Voz Ciudadana, la dimensión humana, tan auténtica como objetiva, la opinión de Concepción Menjivar, madre de un pandillero en readaptación.

En este abanico de opiniones y reflexiones, la propuesta universitaria está dirigida a motivar reflexiones más amplias y consistentes, que nos lleven a la formulación de soluciones creativas para un fenómeno que, hoy en día, constituye un cáncer social, que corroe el presente de nuestros niños y adolescentes y el futuro de esta sociedad, como país.